

mencia, á fin de que el peso enorme de mis pecado no la haga caer del de mi condenación. Salvadme por la misericordia, en cuya virtud han obtenido la salvación todos los que se han salvado, pues por ella lo han sido todos los santos. Moisés pecó, Aarón pecó, David pecó, ¿Qué digo? san Pedro á quién constituisteis cabeza de vuestra Iglesia, pecó, y animado con esta confianza os pido la salvación de mi alma; no confiado en mis obras, sino sólomente en vuestra clemencia. Hacedme pues, oír estas consoladoras palabras: *Tu fe te ha hecho salvo, vete en paz.* A ninguno de aquellos á quienes hicisteis misericordia, dijisteis, tus obras te han hecho salvo, y hé aquí porque insisto en implorar vuestra misericordia. Esta misericordia me llevará nuevamente á Vos, de quién he tenido la desgracia de separarme, y redimirá á este miserable esclavo de la culpa, ó Señor, que á todas horas realizais innumerables prodigios, ejerced conmigo uno digno de vuestra misericordia, pues salvais á todos los que en Vos ponen toda su confianza, y aún vais en vuestros beneficios mucho más allá de lo que pudiéramos esperar, y dais mucho más de lo que os pedimos.

Así continua san Anastasio la explicación de este salmo, y hemos creído conveniente exponer esta primera parte, á fin de que sirva de modelo á todos aquellos que en la oración quieren excitarse á sentimientos de contrición y penitencia. En ella pueden notarse tres cosas, á saber, el recuerdo de los pecados y la confesión que debe hacerse de ellos, la consideración de los beneficios que nos ha dispensado el Señor y el abuso que de ellos hacemos, y la necesidad, por último, de recurrir á la misericordia del Señor, que no merecemos sino por su infinita bondad. Se ven también tres grados de disposiciones por las cuales el pecador puede salir del estado de culpa y elevarse á Dios. La consideración de sus pecados le llena de espanto

y de temor, como hemos dicho, y pide al Señor que no le juzgue con todo el rigor de su justicia. Sigue la consideración de la misericordia infinita de Dios que excita la esperanza del perdón, y atenúa el terror que se había apoderado de su alma, y llega, por último, á la consideración de los beneficios que ha recibido de Dios, y aún cuando ha abusado de ellos, sabe que la confianza que en él han puesto los pecadores penitentes les ha alcanzado la salvación. Así es que de la esperanza del perdón pasa á esa confianza tierna y amorosa, y reconoce que Dios, infinitamente rico en misericordia, le ha dado mucho más de lo que él podía esperar, y de lo que le ha pedido. Esta es la razón de que en su discurso distingue varias clases de lágrimas: unas naturales, que se derraman por la muerte de algún pariente ó amigo, que proceden de cierta disposición de los humores, ó de pena por no haber podido realizar algún proyecto de ambición que se había formado: otras proceden de un principio mejor, á saber, del temor de Dios, ó la consideración de la muerte y de las penas del infierno. Éstas, cuando en ellas se persevera, conducen á otras más perfectas, á las lágrimas santas que el amor de Dios y el deseo de poseerle hacen brotar del alma penitente, y éstas son, dice, las que derramaba el Real Profeta en la amargura de su corazón despues de haber ofendido á Dios.

Más para mover á los pecadores á volver al Señor con esta humildad y tierna confianza, termina su discurso con dos ejemplos, uno de los cuales es muy conocido, y lo refiere san Clemente de Alejandría. Es el de un jóven, á quién san Juan Evangelista, despues de inspirarle los primeros sentimientos de piedad, confió al obispo de Efeso para que continuase su educación. Pero este jóven se sus-trajo á la vigilancia de este santo Obispo, frecuentó malas compañías, y se hizo jefe de bandoleros, continuando en

este género de vida hasta que san Juan regresó à Éfeso. Noticioso de sus desórdenes, le buscó hasta conseguir encontrarle, le atrajo à la iglesia, y le hizo concebir sentimientos de una verdadera penitencia y volver à la gracia del Señor.

El segundo ejemplo tan sólo nos es conocido por el relato de san Anastasio. Dice que en tiempo del emperador Mauricio había en las fronteras de la Tracia un ladrón famoso que ejercía horribles crueldades, esparciendo el terror por todas partes. Con frecuencia se habían enviado soldados para que se apoderasen de él: se le habían tendido muchos lazos, pero de todos escapaba. Por último, el emperador tomó el partido de enviarle sus propias y terminantes órdenes por medio de un jóven que se ofreció à ser portador de ellas. Tan luego como las vió el ladrón, dejó su humor sanguinario, cual si hubiese sido herido por una virtud divina, y cual manso cordero, vino à postarse à los pies del emperador, haciéndole confesión de sus crímenes y encomendándose à su clemencia.

Obtuvo el perdón, y habiendo caido enfermo algunos dias despues, fue conducido al hospital, en donde se fué agravando su dolencia. Viéndose en peligro de muerte, y repasando en su memoria la multitud de sus pecados, concibió tan vivo dolor de ellos, que dirigió à Jesucristo esta plegaria: Nada nuevo os pido, ó benignísimo Salvador, al implorar vuestra misericordia. Así como la ejercisteis con el ladrón que fué crucificado à vuestra derecha, dignaos ejercerla conmigo, y acoged las lágrimas que derramo en este trance terrible de la muerte. Acogisteis favorablemente à los que no vinieron al trabajo sino à la undécima hora, aunque poco pudieron hacer: dignaos también, por esta misma bondad, aceptar estas débiles lágrimas, y haced que por vuestra misericordia me sirvan como un segundo bautismo para purificarme y alcanzarme

la indulgencia y el perdón de los crímenes de toda mi vida. Me falta tiempo, puesto que muy pronto voy à entregar mi espíritu en vuestras manos; pero os pide que no rechaceis esta humilde oración, y que no me pidais cuenta de las buenas obras que he podido hacer, y no he hecho. Mis crímenes me rodean por todas partes, y me encuentro al fin de mi vida, despues de haberla pasado toda en la iniquidad. Pero, ¡ó Dios mio! Vos que aceptasteis las lágrimas que derramó vuestro Apóstol despues de haberos negado tres veces, aceptad las mias, y derramadlas sobre el libro de vuestra justicia, en que están escritos mis innumerables crímenes, y sea vuestra misericordia como una esponja que las borre.»

Hizo esta oración en presencia de muchas personas que rodeaban su lecho, y que fueron testigos de este suceso, y la acompañó de tantas lágrimas, que quedó enteramente empapado en ellas su pañuelo. Expiró, al fin, en medio de estos vivísimos sentimientos de contrición. Al mismo tiempo el médico que visitaba el hospital, hombre muy hábil y de gran reputación, tuvo un sueño, ó más bién una visión, en que le pareció ver al rededor del lecho de este enfermo una gran multitud de etiopes, cada uno de los cuales tenía en sus manos un papel en que estaban escritos sus crímenes. Vió también à dos personajes rodeados de luz resplandeciente, que se presentaron para examinar si había hecho algunas buenas obras. Se trajo una balanza, y habiendo colocado los etiopes en uno de los platillos todos los papeles en que estaban escritos sus pecados, cayó este platillo, haciendo que el otro se levantase; pero los dos ángeles que se hallaban presentes dijeron: Y ¿qué? ¿no hay nada que poner en el otro platillo para que contrabalancee al de los crímenes? Pero ¿que puede haber, cuando este hombre acaba de dejar una vida llena de maldades? Examinemos, sin embargo, con más escrupulosi-

dad. — Registraron efectivamente el lecho, y encontrando el pañuelo con que había enjugado sus lágrimas, dijeron: Pongámoslo en el platillo vacío, y si Dios añade su clemencia, tendremos lo que deseamos. — No hicieron más que colocarlo, y al punto bajó el platillo, desapareciendo los papeles que había en el opuesto. La misericordia de Dios, exclamaron los ángeles, ha prevalecido sobre las iniquidades de este pecador. Entónces se apoderaron de su alma, mientras que los etíopes desaparecían llenos de confusión.

Levantóse el médico despues de esta visión, y se dirigió al hospital para cerciorarse de la verdad de lo que había visto en su sueño, y encontró que el enfermo acababa de expirar, y que aún tenía sobre sus ojos el pañuelo empapado en lágrimas. Supo también por los que le asistían las señales de penitencia que había dado el difunto, y tomando el pañuelo, fué á manifestarlo al emperador, refiriéndole todo lo acaecido, y añadiendo: No ignorais, piadosísimo emperador, lo que refiere el Evangelio acerca del ladrón que alcanzó de Jesucristo el perdón de sus pecados, hallándose en el patíbulo de la cruz, y á éste ha concedido el Salvador la misma gracia.

A pesar de estos ejemplos, concluye san Anastasio, es preciso no esperar á la última hora, sino prepararse para este terrible trance por medio de la penitencia. ¿A cuántos no ha engañado esta presunción? ¿Cuántos no se han visto sorprendidos por una muerte repentina, sin tener tiempo para hablar, ni para llorar sus pecados, ni para hacer testamento? ¿Quién nos garantiza que en esta hora que debe decidir de nuestra suerte eterna, hemos de tener las lágrimas de este ladrón penitente, para ofrecerlas á Dios en expiación de nuestros crímenes? No esperemos hasta esta hora para llorarlos, sino empecemos á hacerlo desde ahora con una sincera penitencia: pues no he refe-

rido estos ejemplos para animar la pereza de vuestras almas, sino para excitarlas á salir de su tibieza, y á trabajar más ardientemente por su salvación, para que, haciendo obras dignas de penitencia y expiando vuestras faltas, os hagais dignos del reino de los cielos.

Tenemos también de este Santo ciento cuarenta y cuatro cuestiones, que se refieren principalmente á la explicación de algunos pasajes de la sagrada Escritura, así como muchas máximas muy útiles de moral. Así, por ejemplo, dice que, aún cuando bastan la fe y las buenas obras para ser un buén cristiano, se necesita además la humildad para serlo perfecto. Para hacer penitencia de los pecados, no basta abstenerse en adelante de ellos, sino que es preciso expiar las faltas de la vida pasada, y servir á la justicia, como se ha servido á la iniquidad. Es muy conveniente manifestar los defectos á personas espirituales, siempre que estén dotadas de sabiduría y prudencia, de modo que no perjudiquen por excesiva dulzura ni por rigorosa severidad. Los ejemplos de Abraham, de Job y de David, que eran casados, que tenían hijos y bienes, y que estaban, por consiguiente, agoviados de cuidados, quitan á las gentes del mundo todo pretexto de descuidar lo que á la salvación se refiere. Dios da algunas veces malos príncipes para castigar á los pueblos, y así es que Focas, cuando empuñó las riendas del imperio, derramó mucha sangre. Lamentándose un santo solitario de Constantinopla en la presencia del Señor de las crueldades de este príncipe, oyó una voz que le decía: Lo he dado, porque no encuentro otro peor. El tiempo de la muerte se nos ha ocultado por un designio de la divina Providencia: pues si nos fuese conocido, dejaríamos para los últimos días de nuestra vida el pensar en nuestra salvación.

Si los pecados con que está manchada el alma son leves, pueden ser perdonados por las oraciones y sacrificios que

por nosotros ofrezcan los vivos; pero si son graves, no hay que esperar remisión despues de la muerte. Tengamos, pues, durante la vida tal cuidado de nuestra alma, que no fundemos nuestra salvación sobre las ofrendas que se hagan por nosotros despues de la muerte.

TOMA DE JERUSALEM POR COSROES Y OMAR. ESTADO DE LOS MONASTERIOS DE LA PALESTINA Y MUERTE DE SAN SOFRONIO ¹.

Habiendo sido muerto el emperador Mauricio juntamente con sus hijos por orden de Focas que le sucedió, tomaron los persas pretexto para vengar su muerte y romper la paz. Pero habiendo sido á su vez cortadas á Focas las manos y la cabeza por Heraclio, que ocupó su trono, los persas, conducidos por su rey Cosroes, tomaron á Edesa y Apamea en el primer año de su reinado, y en los siguientes continuaron sus conquistas. En el quinto año, ó sea en 614, en el mes de Junio, se hicieron dueños de la Palestina y de Jerusalem. La toma de esta ciudad fué seguida de muchas desgracias: se dió muerte á muchos millares de clérigos, monjes, religiosos y vírgenes: las iglesias fueron saqueadas, profanadas y quemadas: arrebataron la verdadera Cruz: el patriarca Zacarías fué llevado cautivo con una gran parte del pueblo, y lo que es aún más horroroso, los judíos compraron á muchos de estos cautivos para tener la cruel satisfacción de matarlos en odio á Jesucristo,

¹ Antioco, los Bolandistas. Bibliot. PP.

llegando á noventa mil el número de víctimas inmoladas á su furor.

Al mismo tiempo los sarracenos hicieron escursiones por el pais, ejerciendo en él grandes crueldades. Uno de ellos atacó, seis ú ocho dias ántes de la toma de Jerusalem, la laura de san Sabas. Tenemos la relación de este hecho en una carta que el venerable Antioco, de quién pronto hablaremos, escribió á Eustaquio, abad del monasterio de Galacio. Dice que una semana antes de que fuese tomada la Ciudad santa, vinieron los bárbaros á la laura, que abandonó la mayor parte de los religiosos; pero otros, que por una larga y generosa aplicación á la virtud habian aprendido á despreciar la vida presente, para no aspirar más que á la eterna, no quisieron dejar sus celdas, y se prepararon á sufrir con paciencia las amenazas del furor sarraceno.

Entraron estos bárbaros en el monasterio sin encontrar resistencia, y saquearon la iglesia: pasaron en seguida á las celdas, y pidieron á los religiosos el dinero, creyendo que lo tuviesen oculto. Durante muchos dias los atormentaron despiadadamente, para obligarles á que les descubriesen sus tesoros; pero viendo frustradas sus esperanzas, se llenaron de furor y les dieron muerte cruelísima. Hablando de estos mártires Estéban el Sabaita, dice que los bárbaros les fueron cortando á unos en pos de otros todos sus miembros sobre una piedra, y que por esta razón se conservaba esta piedra, y era tenida en gran veneración. Antioco ha omitido esta circunstancia, que no es esencial; pero lo que importa mucho más es conocer la santidad de estos ilustres religiosos, que la consumaron con este glorioso triunfo: pues como dice Antioco, por más que nos esforcemos, nunca podremos alabar suficientemente su mérito. Eran verdaderamente hombres divinos, si pueden llamarse hombres los que llevaban una vida más angélica que humana.